



Moisés Cayetano

Basuras en campos y ciudades

Moisés Cayetano Rosado

15 may 2007 actualizado 14:00 CET

¿Qué mecanismo mental lleva a algunos a realizar titánicos esfuerzos con tal de conseguir ensuciar lo más insospechado? Transportar hasta los fosos de fortalezas medievales un viejo frigorífico, la cocina -con horno- de butano, el aparato antiguo de aire acondicionado, sillones, mesas, sillas, el lavavajillas, la mecedora del abuelo... no es cosa de tirar una colilla (que tampoco está bien).

Pero se hace. Con el enorme esfuerzo del arrastre; venciendo mil y una dificultades. Y uno ve los glaciares de las murallas adornados con estos nuevos aparatos de ofensa belicosa. Y las escarpas de los amurallamientos abaluartados amenazadas por una variopinta colección de chatarra. No digamos de los senderos que bordean pinares, recios encinares cercanos a nuestros núcleos de población: todo un alarde de colchonería, tresillos y antiguas mamparas de bañeras.

¿Por qué se toman dichos sujetos trabajo semejante? ¿No es más fácil llamar a los servicios municipales de recogida de enseres domésticos, que se lo llevan gratis desde el propio domicilio, en lugar de transportarlos, arrastrarlos esforzadamente, con nocturnidad y alevosía?

¿Y qué me dicen de las bolsas de basura, a cualquier hora lanzadas sin acierto desde coches en marcha, desde balcones y terrazas, hacia contenedores que, impertérritos, continúan semivacíos cuando pasa ante ellos el camión de recogida, sorteando restos esparcidos, despanzurrados, por sus alrededores?

No digamos del niño y la niña, el joven y la joven, los menos jóvenes y los más mayores que rompen y rerrompen boletos no premiados del "cupón" y de la lotería, cartas discretas e indiscretas, folios, periódicos, revistas, dejándose la mercancía volandera por aceras y calles, como si fuesen insistentes palomas en busca de maíz en parques y jardines donde revolotean ociosos, distraídos, chicos y jubilados.

¡Qué afán por ensuciar! ¡Qué dedicación insistente, trabajosa, sistematizada en algunos, por empuercar el campo y la ciudad! Y si les dices algo, la respuesta sale como tiro de escopeta: o qué leches te importa o que para qué están los barrenderos, los basureros pagados "con nuestros impuestos, ¡coño!", si no amenazan con darte un mamporrazo.

Otrosí, las cacas de los perros. Me refiero a las mascotas de cuatro patas. Bueno, también a sus dueños, que dejan las deposiciones al servicio de cualquier zapato que quiera despanzurrarlas, esparcirlas, colaborar en su testificación de agentes de la incivilización y de la porquería. Aparte, claro, de resbalones, roturas de piernas, brazos, crismas, caderas...

¿Y qué hacemos con ellos? ¿Con qué ordenanzas municipales se les hace cargar, cuesta arriba, hasta el cerro de su cerebro de mosquito? No sé si con educación -el talismán a que siempre se recurre, cuando no tenemos nada mejor que ofertar- puede lograrse un cambio de mentalidades y actitudes.

Tal vez sea mejor -multa inmediata y contundente aparte- con un exilio al centro o norte de Europa, donde nos dan lecciones de limpieza y respeto sin límites para con el entorno rústico y urbano: y que a 10 o 15 grados bajo cero, todo un invierno, se les obligue a recoger sobre la nieve y el hielo las hojas de los árboles que caen, por si así comprenden de una vez la belleza y la necesidad de la limpieza. Por añadidura, verán como allá nadie arroja nada al suelo, y que si no hay papelera o contenedor a mano lo guardan como pueden, hasta encontrar lo adecuado para depositarlo: ¡a ver si así se le cae la cara de vergüenza! A más de uno le ha pasado...

